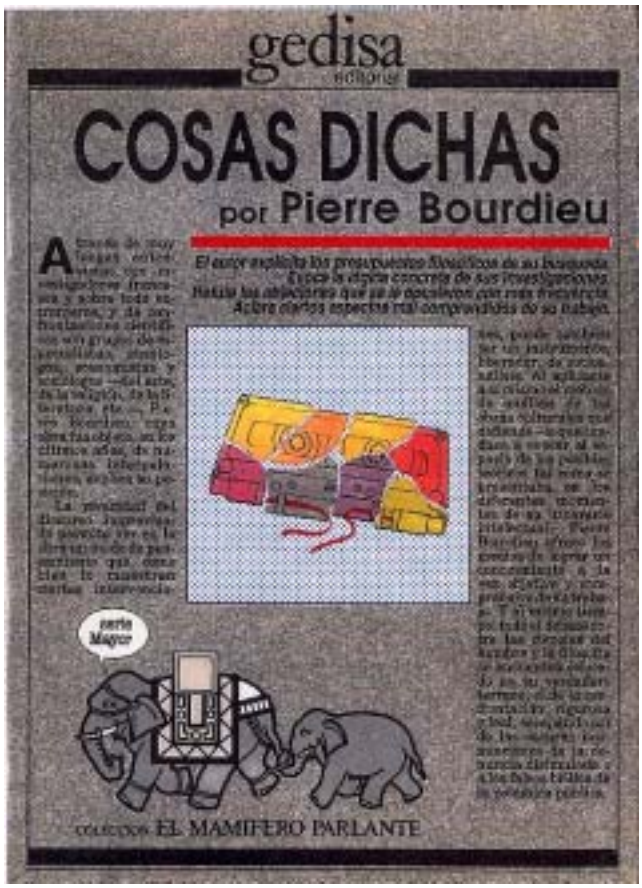
# COSAS DICHAS

## Pierre Bourdieu




EDITORIAL GEDISA

Este material se utiliza con fines exclusivamente didácticos

# ÍNDICE

Prefacio ..... 11

**I. Itinerario** ..... 15
- "Fieldwork in philosophy" ..... 17
- Puntos de referencia ..... 44

**II. Confrontaciones** ..... 65
- De la regla a las estrategias ..... 67
- La codificación ..... 83
- Sociólogos de la creencia y creencia de los sociólogos ..... 93
- Objetivar el sujeto objetivante ..... 98
- La disolución de lo religioso ..... 102
- El interés del sociólogo ..... 108
- Lectura, lectores, letrados, literatura ..... 115

**III. Aperturas** ..... 125
- Espacio social y poder simbólico ..... 127
- El campo intelectual: un mundo aparte ..... 143
- Los usos del "pueblo" ..... 152
- La delegación y el fetichismo político ..... 158
- Programa para una sociología del deporte ..... 173
- El sondeo, una "ciencia" sin sabio ..... 185

**Índice analítico** ..... 193

# OBJETIVAR EL SUJETO OBJETIVANTE[1]

(...)Tomar por objeto la Universidad, era tomar por objeto lo que, por lo general, objetiva; el acto de objetivación, la situación a partir de la cual se está legitimado para objetivar. Al mismo tiempo, la investigación tenía permanentemente un doble objeto, el objeto ingenuo, el objeto aparente (¿Qué es la Universidad? ¿Cómo marcha eso?), y la acción particular de objetivar, y de objetivar una institución que es socialmente reconocida como fundada para operar una objetivación que pretende la objetividad y la universalidad. Mi intención al hacer este trabajo era, pues, hacer una suerte de experimentación sociológica a propósito del trabajo sociológico; tratar de mostrar que, quizá, la sociología puede escapar aunque sea un poco al círculo historicista o sociologista, sirviéndose de lo que la ciencia social enseña sobre el mundo social en el cual se produce la ciencia social, para controlar los efectos de los determinismos que se ejercen sobre ese mundo y, al mismo tiempo, sobre la ciencia social.

Objetivar el sujeto objetivante, objetivar el punto de vista objetivante, es una cosa que se practica corrientemente, pero se lo hace de una manera aparentemente muy radical y en realidad muy superficial. Cuando se dice "El sociólogo está inserto en la historia", se piensa inmediatamente "sociólogo burgués". Dicha de otro modo, se piensa que se ha objetivado al sociólogo, o en general a un productor de bienes culturales, cuando se ha objetivado su "posición de clase". Se olvida que es necesario todavía objetivar su posición en ese subuniverso, donde están comprometidos los intereses específicos, que es el universo de la producción cultural. Para aquellos que se interesan en la sociología de la literatura o en la historia social de la literatura, en la sociología de la filosofía o en la historia social de la filosofía, en la sociología del arte o en la historia social del arte, etc., uno de los aportes de este trabajo, en todo caso una de sus intenciones, es mostrar que, cuando se hacen objetivaciones a lo Lukács-Goldmann, para tomar la forma más suave de una suerte de reduccionismo sociologista muy común, se ponen en relación brutalmente las producciones culturales con la posición de los productores en el espacio social. Se dirá: es la expresión de una burguesía ascendente, etc. Es el error del cortocircuito, error que consiste en poner en relación dos términos muy alejados al excluir del campo de la conciencia una mediación muy importante, el espacio en el interior del cual las personas producen, es decir lo que yo llamo el campo de producción cultural. Este subespacio es todavía un espacio social, en el interior del cual hay compromisos sociales de un tipo particular, intereses que pueden ser completamente desinteresados desde el punto de vista de los compromisos que tienen curso en el mundo exterior.

Pero detenerse allí, sería dejar quizás escapar el sesgo esencial, cuyo principio no reside en los intereses ligados a la pertenencia. Existen, más allá de las determinaciones sociales asociadas a una posición particular, determinaciones mucho más fundamentales y mucho más desapercibidas que son inherentes a la postura intelectual, a la posición de erudito. Desde el momento en que observamos el mundo social, introducimos en nuestra percepción un sesgo que obedece al hecho de que, para hablar del mundo social, para estudiarlo a fin de hablar de él, etc., es necesario retirarse de él. El sesgo que se puede llamar teoricista o intelectualista consiste en olvidarse de inscribir, en la teoría que se hace del mundo social, el hecho de que ella es el producto de una mirada teórica. Para hacer una ciencia justa del mundo social, es necesario a la vez producir una teoría (construir modelos, etc.) e introducir en la teoría final una teoría de la diferencia entre la teoría y la práctica.

El tratarse del mundo universitario, al tratarse para un universitario de estudiar el mundo universitario, todo inclina a este error teórico. ¿Por qué? Porque el mundo universitario, como todos los universos sociales, es el lugar de una lucha por la verdad sobre el mundo universitario y sobre el universo social en general. Una de las cosas que ha sido a menudo olvidada, es que cualquiera que hable sobre el mundo social debe contar con el hecho de que en el mundo social se habla del mundo social y para tener la última palabra sobre ese mundo; que el mundo es el lugar de una lucha por la verdad del mundo social. Los insultos, las estigmatizaciones racistas, etc., son categoremas, como decía Aristóteles, es decir acusaciones públicas, actos de designación, de nominación, que pretenden la universalidad, por lo tanto la autoridad sobre el mundo social. El universo universitario tiene la particularidad de que hoy, en nuestras sociedades, sus veredictos están seguramente entre los veredictos sociales más poderosos. Aquel que otorga un título académico otorga una patente de inteligencia (siendo uno de los privilegios de los titulares, poder además tomar distancias respecto del título).

El universo social es el lugar de una lucha para saber lo que es el mundo social. La universidad es también el lugar de una lucha por saber quién, en el interior de este universo socialmente encargado de decir la verdad sobre el mundo social (y sobre el mundo físico), está realmente (o particularmente) bien fundado

[1] Conferencia pronunciada en Estrasburgo, a propósito de *Homo academicus*, en diciembre de 1984

para decir la verdad. Esta lucha opone a los sociólogos y a los juristas, pero también opone a los juristas entre ellos y también a los sociólogos entre ellos. Intervenir en tanto que sociólogo, resultaría evidentemente ser tentado de servirse de la ciencia social para colocarse en árbitro y en juez en esta lucha, para distribuir razones y culpas. Dicho de otra manera, el error intelectualista y teoricista que amenaza permanentemente a la ciencia social (es, en etnología el error estructuralista, el que consiste en decir: "Sé mejor que el indígena lo que él es".), este error sería la tentación por excelencia para uno que, siendo sociólogo, por tanto inscrito en un campo de lucha por la verdad, se daba por proyecto decir la verdad de ese mundo y de los puntos de vista opuestos sobre ese asunto.

El hecho de que, como lo he dicho al comenzar, me hubiera dado por proyecto casi consciente, desde el origen, estar atento al objeto, pero también al trabajo sobre el objeto, me ha protegido, creo, contra este error. Lo que quería hacer, era un trabajo capaz de escapar tanto como fuera posible a las determinaciones sociales gracias a la objetivación de la posición particular del sociólogo (dada su formación, sus títulos, sus diplomas, etc.) y a la toma de conciencia de las probabilidades de error inherentes a esta posición. Sabía que no se trataba simplemente de decir la verdad de ese mundo sino de decir también de ese mundo que era el lugar de una lucha para decir la verdad de ese mundo; que se trataba de descubrir que el objetivismo por el cual yo había comenzado, y la tentación que encerraba de aplastar a los competidores al objetivarlos, eran generadores de errores, y de errores técnicos. Digo técnicos para hacer ver la diferencia entre el trabajo científico y el trabajo de pura reflexión: en el trabajo científico, todo lo que acabo de decir se traduce en operaciones absolutamente concretas, variables que se agregan en el análisis de las correspondencias, criterios que se introducen, etcétera.

Ustedes dirán: "pero usted no habla en absoluto del objeto. No dice lo que es un universitario, lo que es la Universidad, cómo marcha, cómo funciona". En el límite, no quería hablar del objeto del libro, quería mantener, a propósito del libro, un discurso que fuese una introducción a la lectura al mismo tiempo que una garantía contra la lectura espontánea. Ese libro me planteó muchos más problemas que ningún otro, cuando se trató de publicarlo. Existe siempre un peligro extraordinario de perder el control de lo que se dice. A partir de la carta VII de Platón, todo el mundo lo dice. Sentí de modo intenso el temor de que los intereses que los lectores (los cuales, dado lo que escribo, son sin duda en un 80% universitarios) invierten en la lectura sean tan grandes que todo el trabajo que hice por destruir este interés, por destruir sus efectos, y aun para destruir por adelantado esta lectura, sean barridos y que la gente se pregunte solamente: "¿Dónde estoy yo en el diagrama? ¿Qué dice de Untel?", etcétera, y que rebajen sobre el terreno de la lucha en el interior del campo un análisis que había tenido por fin objetivar esta lucha y, al mismo tiempo, dar al lector un dominio de esta lucha.

Puede preguntarse: "¿Para qué sirve todo esto?" Es una pregunta completamente legítima. "¿No es arte por el arte, no es un retorno reflexivo complaciente, y un poco decadente de la ciencia sobre sí misma?, etc". Evidentemente, no lo creo. Pienso que este trabajo tiene virtudes científicas; y que, para las ciencias sociales, el análisis sociológico de la producción del productor es imperativo. A riesgo de sorprender y de decepcionar a la vez a muchos de entre ustedes, que acuerdan a la sociología una función profética, escatológica, agregaré que este género de análisis podría tener también una función clínica, hasta terapéutica: la sociología es un instrumento de autoanálisis extremadamente poderoso que permite a cada uno comprender mejor lo que es, dándole una comprensión de sus propias condiciones sociales de producción y de la posición que ocupa en el mundo social. Es sin duda completamente decepcionante y no es en absoluto la visión que se tiene comúnmente de la sociología. La sociología puede tener también otras funciones, políticas u otras, pero de ésta estoy más seguro. Se sigue que este libro llama a una cierta forma de lectura. No se trata de leerlo como un panfleto ni de hacer de él un uso autopunitivo. Se usa a menudo a la sociología sea para azotar a los otros, sea para flagelarse. En realidad, se trata de decir "Soy lo que soy. Y no es para alabar o para censurar. Simplemente, eso implica toda suerte de propensiones y, cuando se trata de hablar del mundo social, de errores probables". Todo esto, que me hace rezar la predicación, –¡ y Dios sabe que no es el género que me agrada!– debía decirlo, si mi libro fuese leído como un panfleto, me resultaría detestable y prefería mejor que se lo quemara.